

L. J. SHEN

El  
diablo  
viste de  
negro



  
CHIC

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



# **El diablo viste de negro**

**L. J. Shen**

**Traducción de Azahara Martín**



# Contenido

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre este libro*

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Epílogo

*Agradecimientos*

*Notas*

*Sobre la autora*

# Página de créditos

## *El diablo viste de negro*

V.1: Septiembre, 2022

Título original: *The Devil Wears Black*

© L. J. Shen, 2021

© de la traducción, Azahara Martín, 2022

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2021

Todos los derechos reservados.

Los derechos morales de la autora han sido declarados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Ilustraciones de cubierta: Freepik - upklyak | loudsgraphics

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragó, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-80-6

THEMA: FRD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

## ***El diablo viste de negro***

**Ella no quería darle otra oportunidad, pero su corazón no le dejó alternativa**

**M**addie es diseñadora de vestidos de novia y no da crédito cuando una tarde se encuentra a su ex, Chase Black, plantado en la puerta de casa. Él necesita un favor: que finja ante su familia que todavía están juntos. De hecho, Chase les ha anunciado su compromiso para complacer a su padre, muy enfermo. ¿Ayudará Maddie al hombre que le rompió el corazón, incluso arriesgándose a que sus sentimientos se reaviven?

**Una historia de segundas oportunidades sobre el amor, la pérdida y ser uno mismo**

«*El diablo viste de negro* brilla por su ingenio y la química entre los personajes. Es una delicia.»

*Publishers Weekly*



*Para Lin y Lilian, sois mis chicas favoritas del club  
literario.*

*¿Dos cosas que tengan en común el color negro y el diablo?*

*Que siempre son oscuros y nunca pasan de moda.*

*Chase Black, director de operaciones de Black & Co.*

# Playlist

Trevor Daniel: «Falling»

Healy: «Reckless»

Kasabian: «Fire»

The Waterboys: «Fisherman's Blues»

MAX feat. Quin XCII: «Love Me Less»

The Cars: «Drive»

The Rolling Stones: «Sympathy for the Devil»

# Capítulo uno

## Maddie

*10 de octubre de 1998*

*Querida Maddie,*

*En estos momentos tienes cinco años y te encanta el color amarillo. De hecho, ayer me preguntaste si podías casarte vestida de ese color. Espero que sigas usándolo a todas horas.*

*(También espero que hayas encontrado un color un poco más adecuado para una boda).*

*Dato curioso del día: cuando los exploradores españoles llegaron a América, pensaron que los girasoles estaban hechos de oro.*

*¡El cerebro humano es tan imaginativo!  
Sigue así de creativa, siempre.*

*Con amor,  
Mamá*



Era oficial. Estaba sufriendo una apoplejía.

Todos los síntomas apuntaban en esa dirección, y a estas alturas había visto bastantes capítulos de *Anatomía de Grey* como para autodiagnosticarme:

¿Confusión? Confirmado.

¿Entumecimiento general? Confirmado.

¿Dolor de cabeza repentino? ¿Problemas de visión? ¿Dificultad para caminar? Confirmado, confirmado, confirmado.

La buena noticia era que estaba saliendo con un médico. «Literalmente». Volvía a mi apartamento junto a uno cuando noté los síntomas. Al menos tenía el lujo de disponer de atención inmediata si lo necesitaba.

Metí los puños en la chaqueta amarilla de lentejuelas con lunares morados (mi favorita), cuadré los hombros y, con el deseo de que desapareciera de mi vista, entorné los ojos al ver una gran figura sentada en el escalón más alto de la entrada del edificio de piedra rojiza donde vivía de alquiler.

Estaba inmóvil, y el brillo azulado del teléfono iluminaba su rostro. Una brisa veraniega danzaba a su alrededor y crepitaba como si hubiera fuegos artificiales. La luz ambarina de la calle iluminaba su perfil, parecía que estaba de pie en un escenario y que reclamaba la atención de todo el mundo. Un pánico abrasador me inundó. Solo conocía a una persona capaz de que el universo bailara a su alrededor como una chica hawaiana.

A regañadientes, descarté la apoplejía.

«No. No se le ocurriría aparecer por aquí. Sobre todo después de cómo dejé las cosas».

—Así que mi joven paciente se inclina un poco y me dice: «¿Puedo contarte un secreto?». Yo, imaginando que iba a irse de la lengua con lo del divorcio de sus padres, me quedo en plan «ajá». Pero entonces suelta: «Al final descubrí cuál es el trabajo de mi madre». Le pregunto que

cuál es... Y espera que ahora viene lo mejor, Maddie. — Ethan, mi cita, levantó una mano al tiempo que se agachaba y apoyaba la otra en la rodilla, subestimando claramente el potencial cómico de su historia—. «Metió un iPad nuevo bajo la almohada el día que se me cayó mi primer diente. Mi madre es el ratoncito Pérez. ¡Soy el chico más afortunado del mundo!».

Ethan echó la cabeza hacia atrás entre carcajadas, ajeno a mi crisis interna. Era guapo, con ese cabello, esos ojos y esos mocasines del mismo tono castaño nogal, y ese cuerpo esbelto de corredor, y esa corbata de Scooby-Doo... Ciertamente es que no era doctor Ensueño, sino más bien doctor Realidad. Y sí, me había contado doce historias sobre sus jóvenes pacientes durante el transcurso de la comida etíope que habíamos disfrutado. Se emocionaba cada vez que recitaba una de sus inteligentes observaciones. Aun así, Ethan Goodman era exactamente el tipo de chico que necesitaba en mi vida.

El hombre que estaba en la escalera era la persona que me había enseñado esta dolorosa lección.

—Los niños y los borrachos, ya sabes... —Jugué con mi pendiente en forma de girasol—. Extraño la inocencia. Si pudiera conservar algo de la infancia, sería eso.

La figura de la escalera se puso en pie y giró en nuestra dirección. Levantó la mirada del teléfono y capturó la mía sin esfuerzo. Se me desinfló el corazón como un globo elevándose en círculos erráticos antes de caer como una goma blanda en la boca del estómago.

Era él, de acuerdo.

Con su metro ochenta de rasgos cincelados y su despiadado atractivo. Llevaba una impecable camisa de vestir negra remangada hasta los codos, por lo que sus antebrazos, del grosor de mis piernas y repletos de venas y músculos, quedaban expuestos. Layla, mi amiga de la

infancia, ahora mi vecina de al lado, decía que era un Gastón de la vida real.

—Es agradable a la vista, pero pide a gritos que lo tiren desde el tejado.

Fruncía el ceño como si no supiera lo que hacía aquí.

El cabello negro, alborotado.

Los ojos azul grisáceo, como un personaje de manga.

La estructura ósea de un dios griego, por el que cometerías cualquier crimen de guerra a cambio de pasar los dientes por su mandíbula como un animal.

Pero yo sabía que no era don Ensueño ni don Realidad.

Chase Black era el diablo. Mi diablo personal. Siempre vestido de negro, con un comentario cruel preparado en la punta de la lengua y unas intenciones tan impuras como su sonrisa. ¿Y yo? Me habían apodado Maddie la Mártir por una razón. No podría ser mala ni aunque mi vida dependiera de ello. Cosa que, por suerte, no era así.

—¿De verdad? Si pudiera conservar algo de mi infancia, sería el primer diente de leche que se me cayó. Mi perro se lo tragó. Oh, bueno —dijo Ethan con entusiasmo, y mi cabeza volvió a nuestra cita—. Por supuesto, siempre hay accidentes con perros. Como aquella vez en la que otro paciente, Dios, ya verás qué historia, entró en la clínica pediátrica en la que trabajaba por una erupción cutánea sospechosa...

—¿Ethan? —Me detuve a medio paso, incapaz de centrarme en otra tierna historieta. No es que no fueran fascinantes, pero tenía, literalmente, la desgracia en mi puerta, lista para hacer añicos toda mi vida.

—¿Sí, Maddie?

—Lo siento mucho, pero creo que tengo náuseas. —Técnicamente, no era mentira—. Me parece que ya es hora de irse a dormir.

—Oh, no. ¿Crees que ha sido el *tere siga*? —Ethan frunció el ceño y me lanzó una mirada de cachorrito que

me rompió el corazón.

Gracias a Dios, estaba tan ocupado hablando sobre sus pacientes que no había reparado en el gigante que estaba en mi puerta.

—Claro que no. Me siento mal desde hace horas y creo que estoy a punto de vomitar. —Eché un vistazo a Chase por detrás de Ethan y tragué saliva.

—¿Seguro que estarás bien?

—Sí, por supuesto. —Le alisé la corbata de Scooby-Doo sobre el pecho, con una sonrisa.

—Me gusta la positividad. Hace del mundo un lugar mejor. —Se le iluminaron los ojos. Se inclinó para darme un beso en la frente. Tenía hoyuelos. Los hoyuelos eran geniales. Ethan también lo era. Entonces, ¿por qué estaba deseando despedirme de él? ¿Por qué solo pensaba en asesinar al inesperado invitado que aguardaba en la escalera con toda la calle como testigo?

Oh, cierto, porque cada fragmento de relación rota me hería profundamente. Porque Chase Black me había arruinado la vida.

Y volvería a hacerlo en un abrir y cerrar de ojos.

Solo tenía que despedirme de mi perfecto doctor Realidad, que casi me salva de una apoplejía.



Mientras recorría el resto del camino hacia el edificio, el corazón me latía contra el esternón como un pez fuera del agua, y fantaseaba sobre las diversas formas con las que saludaría a Chase. En todas ellas, me veía indiferente, doce centímetros más alta y con unos zapatos Louboutin a lo *femme fatale*, nada que ver con mis Babette verdes.



«Qué raro, no recuerdo haber dejado la basura en la puerta. Permítame acompañarlo al contenedor, señor Black».

«Oh, ¿quiere disculparse? ¿Podría especificar el motivo? ¿Es por lo del engaño, o por la humillación de cuando tuve que hacerme un análisis para detectar infecciones de transmisión sexual, o simplemente por hacerme perder el tiempo?».

«¿Estás perdido, cariño? ¿Quieres que te acompañe al burdel que obviamente estás buscando?».

Huelga decir que Chase Black no sacó a la mártir que hay en mí.

Me detuve a tres pasos de él. Estaba a punto de estallar y me molestaba el aleteo de emoción que me recorría el pecho. Pensé en lo estúpida que había sido. Tan conveniente. Tan sumisa.

—Madison. —Chase levantó la barbilla y, examinándome, miró hacia abajo. Parecía más una orden que un saludo. Su ceño fruncido y condescendiente tampoco resultaba muy tentador.

—¿Qué haces aquí? —murmuré.

—¿Me dejas subir? —Se guardó el teléfono en el bolsillo delantero. Directo al grano. No había dicho «puedo», sino «me dejas». Nada de «¿cómo has estado?», ni «siento haberte aplastado el corazón hasta hacerlo polvo», o «¿cómo está Daisy, la *aussiedoodle* que te regalé por Navidad a pesar de que me dijiste por lo menos tres veces que eras alérgica a los perros, y a la que tus amigos ahora llaman “cabrona” por su tendencia a mearse en los zapatos de la gente?».

Me aferré a las solapas de la fina chaqueta de verano, furiosa conmigo misma por la forma en la que me temblaban los dedos.

—Mejor no. Si pretendes tirarte a todo Nueva York, estás en la dirección equivocada. Ya puedes tachar mi

nombre.

El calor del verano emanaba del asfalto, y se enroscaba sobre mis pies como si fuera humo. La oscuridad de la noche no lo atemperaba. Manhattan era un lugar pegajoso, inflamado de sudor y hormonas. La calle bullía de parejas y grupos de turistas, revoltosos compañeros de trabajo y universitarios que no tramaban nada bueno. No quería montar un espectáculo público, pero tampoco me apetecía que entrase en mi apartamento. ¿Conoces la expresión «Si cualquiera puede tenerlo, no lo quiero?». Eso aplicaba a su cuerpo. Después de que rompiéramos, pasaron semanas hasta que conseguí librarme del olor tan especial de Chase Black, que se había impregnado en mis sábanas. Me seguía a todas partes, como un nubarrón negro cargado de lluvia. Aún sentía, cuando pensaba en él, la densa oleada de lágrimas esperando bajo mis párpados.

—Mira, sé que estás disgustada —dijo con cautela, como si estuviera negociando con un tejón melero.

Lo interrumpí vacilante, sorprendida por mi propia asertividad.

—¿Disgustada? Estoy disgustada porque se me ha roto la lavadora, porque mi perrita ha mordisqueado el poncho azul de croché que compré el invierno pasado y porque tengo que esperar hasta que empiece la próxima temporada de *The Masked Singer*.

Abrió la boca, sin duda para protestar, pero levanté la mano y la agité con mucho énfasis.

—Lo que me hiciste no me disgustó, Chase. Me hizo pedazos. Ya no me importa admitirlo porque lo he superado y he olvidado lo que se siente al estar debajo de ti. —Apenas tomé aliento antes de arrojar más fuego volcánico en su dirección—. No, no puedes subir. Lo que quieras decirme —Apunté al suelo—, dilo aquí.

Se pasó una mano por ese cabello tan negro y suave que me contraía el pecho, observándome como si fuera una

bomba de relojería que tenía que desactivar. No sabía decir si estaba molesto, arrepentido o exasperado. Parecía una mezcla de todo. Nunca sabía lo que sentía, ni siquiera cuando estaba profundamente inmerso en mí. Me quedaba ahí tendida, mirándolo a los ojos, y me topaba con mi propio reflejo devolviéndome la mirada.

Me crucé de brazos preguntándome por el motivo de su visita. No sabía nada de él desde que habíamos roto seis meses atrás. Pero mi jefe, Sven, me había hablado de las mujeres que Chase había llevado a su ático después de nuestra ruptura. Mi jefe y Chase vivían en el mismo bloque, un edificio deslumbrante de Park Avenue. Aparentemente, Chase no había llorado mucho por las esquinas.

—Por favor. —Masticó las palabras como si fueran grava. Chase Black no estaba acostumbrado a pedir las cosas con amabilidad—. Es un tema bastante personal. Agradecería no tener como público a toda tu calle.

Busqué las llaves en mi bolsito mientras subía las escaleras con decisión. Él seguía en el primer escalón, y su mirada me quemaba la espalda. Era la primera vez que me observaba sin su característica frialdad, pero yo me había vuelto inmune al cambio por completo. Empujé la puerta de entrada del edificio e ignoré las súplicas. Qué extraño, pensaba que darle la patada de la misma forma en que él me la había dado me haría sentir mejor, pero, en ese preciso instante, mis sentimientos se arremolinaban entre el dolor, la ira y la confusión. El triunfo no se veía por ninguna parte y el regocijo se encontraba a kilómetros de allí. Estaba a punto de traspasar el umbral cuando sus palabras me detuvieron.

—¿Tanto miedo te da ofrecermé diez minutos de tu tiempo? —Sentí la sonrisa en su voz como una puñalada en la espalda. Me quedé helada. Ahora lo reconocía. Frío, calculador, despiadado—. Si ya me has superado y no tienes la tentación de estar debajo de mí nunca más, después de

que diga lo que tengo que decir volverás a tu vida feliz y libre de Chase, ¿no?

¿Miedo? ¿Pensaba que tenía miedo? Si a estas alturas fuera más inmune a sus encantos, vomitaría al verlo.

Me di la vuelta con un golpe de cadera y una sonrisa cortés en los labios.

—Qué engreído, ¿no?

—Lo suficiente como para captar tu atención —dijo sin expresión alguna. No parecía un hombre que quisiera estar ahí.

«¿Qué hace aquí?».

—Te doy cinco minutos, y será mejor que te comportes.  
—Lo señalé con el bolso.

—En ese caso, atraviésame el corazón y quédate a ver cómo me muero. —Se llevó la mano al pecho de forma burlona.

—Al menos compartimos esperanzas.

Eso le hizo soltar una carcajada. Subí con premura hacia mi apartamento de la segunda planta sin molestarme en mirar si me seguía. Traté de adivinar las razones por las que estaba allí. Tal vez hubiera ido a rehabilitación debido a su terrible adicción al sexo. Solo salimos seis meses, pero, durante ese tiempo, resultó obvio que Chase no descansaba hasta que me ardía la espalda y no podía caminar bien al día siguiente. En aquel momento no me quejaba por ello, el sexo era una parte de nuestra relación que funcionaba muy bien, pero se trataba de un mujeriego insaciable.

Sí, concluí. Quizá fuera una parte de su proceso de recuperación en doce pasos. Hacer las paces con las personas a las que había herido. Se disculparía y se marcharía, y así lo zanjaríamos todo. Una experiencia liberadora. Eso haría que mi historia con Ethan fuera más perfecta todavía.

—Prácticamente oigo cómo le das vueltas a este asunto —se quejó Chase mientras subía las escaleras detrás de mí. Qué extraño, aquello no parecía en absoluto una disculpa. Era el mismo idiota de siempre.

—Prácticamente siento tus ojos en mi culo —dije con rotundidad.

—También podrías sentir otras partes de mí en él, si es lo que deseas.

«No lo apuñales con el cuchillo de la carne, Maddie. No se merece que vayas a prisión».

—¿Quién es el chico? —Bostezó de forma provocativa. Siempre pronunciaba las palabras con un tono diabólico. Lo decía todo de forma inexpresiva, con un toque de ironía, para recordarte que era mejor que tú.

—Emm, guau. —Negué con la cabeza, resoplando. Tenía cierto descaro al preguntarme por Ethan.

—¿M-Guau? ¿Es rapero? Si es así, necesita un cambio de imagen. Háblale del Black & Co. Club. Tenemos un descuento promocional del cincuenta por ciento en el servicio de estilista personal.

Le saqué el dedo sin girarme e ignoré su risa endiablada.

Nos detuvimos en la puerta. Layla vivía en el piso de enfrente, el casero lo había reconvertido en un estudio dividiendo la propiedad en dos. Layla fue la primera que se mudó a Nueva York tras nuestra graduación. Me dijo que el estudio que había frente al suyo estaba disponible porque la pareja que lo tenía iba a mudarse a Singapur, y que el casero prefería a un inquilino ordenado que pagara sin problemas, así que aproveché la oportunidad. Layla era maestra de preescolar por el día y niñera por las noches, para conseguir un extra. Me costaba imaginarla sin un niño en brazos o sin hacer recortes de letras y números para la clase del día siguiente. Layla pegaba una «palabra del día» en su puerta todas las mañanas. Era una forma magnífica

de comunicarse conmigo, hasta cuando no teníamos tiempo para hablar. Con los años, me había acostumbrado a las «palabras del día» de Layla. Me hacían compañía; eran una especie de señal. Predicciones sobre cómo sería el día. Había olvidado leer la palabra de hoy porque llegaba tarde al trabajo.

Miré distraída, al tiempo que metía la llave en la cerradura.

### **Peligro**

Exposición o responsabilidad de lesión, dolor, daño o pérdida.

Se me cayó el alma a los pies. La sensación me oprimió la base de la columna.

—No estás aquí para disculparte, ¿no? —susurré con la mirada todavía fija en la puerta.

—¿Disculparme? —Levantó el brazo y lo colocó sobre mi cabeza, acorralándome contra la puerta. Su cálido aliento se deslizó por mi nuca y me erizó el vello. «El efecto Chase»—. ¿Por qué diablos tendría que hacerlo?

Abrí la puerta y dejé que entrara en el apartamento. En mi dominio. En mi vida.

Era dolorosamente consciente de que, la última vez que había irrumpido en mi mundo, le había prendido fuego.

# Capítulo dos

## Maddie

*2 de julio de 1999*

*Querida Maddie:*

*Hoy hemos metido las margaritas secas de la señora Hunnam en tus libros viejos. Has dicho que querías darles un entierro apropiado porque te sentías mal por ellas. Se me ha hecho un nudo en la garganta por tu empatía. Esa es la razón por la que me he dado la vuelta y he salido de la habitación. No por el polen. Por supuesto que no. Dios, ¡soy florista!*

*Dato curioso: las margaritas simbolizan la pureza, los nuevos comienzos.*

*Espero que continúes siendo compasiva y bondadosa. Y recuerda que cada día es un nuevo comienzo.*

*Con amor.*

*Por siempre tuya,*

*Mamá*



Tiré los zapatos contra la pared. Daisy salió corriendo de su cama en el alféizar de la ventana junto a las flores y, meneando la cola, empezó a lamerme los dedos de los pies a modo de saludo. A decir verdad, no era su hábito más femenino, pero era uno de los menos destructivos.

—¿A qué debo el disgusto, señor Black? —Me quité la chaqueta amarilla.

—Tenemos un problema. —Chase le dio una palmadita a Daisy antes de adentrarse más en el estudio. Parecía injusto, casi retorcido, que hubiera desperdiciado tantas lágrimas y noches de insomnio para aceptar el hecho de que nunca volvería a estar en mi cocina, solo para... Bueno, tenerlo en la cocina de nuevo, como si fuera casualidad. Como si nada hubiera cambiado, pero eso no era verdad. Yo había cambiado.

Chase abrió el frigorífico y sacó una lata de Coca-Cola *Light*, mi Coca-Cola *Light*. A continuación, la abrió antes de apoyarse contra la encimera y tomar un sorbo.

Lo miré fijamente, preguntándome si sería él quien estuviera sufriendo una apoplejía. Por su parte, echaba un vistazo a su alrededor, a mi compacto y diminuto hogar. No me cabe duda de que estaba haciendo inventario de los cambios que había hecho desde la última vez que estuvo aquí. El nuevo papel de la pared de Anthropologie, las sábanas limpias y, aunque no era tan perceptible pero sí muy real, la nueva abolladura de mi corazón con la forma de su puño de hierro. Encendió las luces (solo tenía un interruptor para todo el apartamento) y soltó un suave silbido.

Bajo las imperdonables luces LED, me di cuenta de que iba despeinado y sin afeitarse. Tenía los ojos inyectados en sangre y la camisa un poco arrugada. El corte de pelo de



doscientos dólares necesitaba urgentemente un repaso. Su apariencia distaba mucho del apuesto e inmaculado libertino que presumía ser. Era como si el mundo por fin hubiera caído con todo su peso sobre aquellos gloriosos hombros.

—Parece que mi familia te ha cogido cariño —admitió con frialdad, como si fuera tan improbable como un unicornio heterosexual.

Caminé hacia él y le arrebaté la Coca-Cola *Light*. Tomé un sorbo y la coloqué en la encimera entre los dos.

—¿Y?

—Mi madre no deja de hablar del pan de plátano que le prometiste, mi hermana fantasea con ser tu mejor amiga desde que le tejiste aquel gorro, y mi padre jura y perjura que eres la mujer con la que todo hombre sueña.

—Yo también tengo a tu familia en alta estima —dije. Era cierto. Los Black no se parecían en nada al engendro que habían vomitado por error al mundo. Eran dulces, compasivos y acogedores. Siempre tenían una sonrisa en la cara y, por encima de todo, me ofrecían con frecuencia una copa de vino.

—Pero a mí no —añadió con una sonrisa hedonista que sugería que disfrutaba con mi desagrado. Como si hubiera alcanzado su objetivo. Como si hubiera desbloqueado un nivel de un videojuego.

—A ti no. —Asentí levemente con la cabeza—. Y, por ese motivo, la adulación no te llevará a ninguna parte.

—No pretendo ir a ningún sitio contigo —me aseguró mientras se le hinchaba el pecho por debajo de la camisa. Un fantasma de su aroma (masculino, amaderado y a *aftershave*) llegó a mis fosas nasales y me hizo temblar—. Al menos, no como piensas.

—Continúa, Chase. —Suspiré, mirando hacia abajo y moviendo los dedos de los pies. Quería que se marchara para meterme debajo del edredón y ver *Supernatural*. Lo

único que podía salvar la noche era una buena dosis de Jensen Ackles combinada con cantidades desproporcionadas de chocolate y compras impulsivas por internet. Y también con vino. Mataría por una botella. Y, a ser posible, la víctima sería el hombre que tenía enfrente.

—Hay un problema —dijo.

Con él siempre lo había. Lo miré perpleja y esperé a que prosiguiera. Entonces hizo algo muy raro. Hizo... algo así como... ¿encogerse? Sí, Chase Black.

—Puede que haya olvidado mencionar que hemos roto —dijo con cautela, desviando la mirada hacia Daisy, que en ese momento estaba apoyada en la pata del sofá con una sonrisa perruna cargada de entusiasmo.

—Tú... ¿Qué? —Levanté la cabeza de golpe y apreté los dientes—. Han pasado seis meses. —Y tres días y veintiuna horas. Aunque no estaba contándolo, claro que no—. ¿Se puede saber por qué?

Se frotó los nudillos contra la barba mientras seguía observando a la desvergonzada cachorrita.

—Francamente, pensé que llegarías a la conclusión de que tu reacción había sido exagerada y volverías conmigo.

Si fuera un personaje de dibujos animados, ya tendría la mandíbula en el suelo y la lengua se me habría desenrollado como una alfombra roja hasta chocar contra la puerta; por donde luego habría tirado a Chase y habría dejado un agujero con la forma de su cuerpo.

Me apreté las cuencas de los ojos con los dedos mientras respiraba de forma entrecortada.

—Estás de broma. Dime que estás de broma.

—Mi sentido del humor supera esto con creces.

—Bueno, espero que tu sentido de la orientación sea igual de bueno, para que vuelvas con tu familia y les cuentes que hemos roto definitivamente. —Caminé con pasos firmes hacia la puerta, la abrí de un golpe y le hice señas para que se fuera con un movimiento de cabeza.

—Hay más. —Chase siguió apoyado contra la encimera, con las manos metidas en los bolsillos y una expresión de indiferencia. Se me habían quedado grabadas algunas de sus posturas habituales y me las guardaba para los días lluviosos con el masajeador *Magic Wand*.

«Chase apoyando la cadera contra un objeto inanimado».

«Chase sujetando la parte superior del marco de la puerta con los bíceps y tríceps sobresaliéndole de la camiseta de manga corta».

«Chase con una mano metida en el bolsillo delantero mientras me desnudaba lentamente con una mirada sensual».

Básicamente, tenía un catálogo entero de posturas de mi ex que me ayudaban a llegar al orgasmo. Aunque debo admitir que eso alcanzaba un nivel de patetismo que necesitaba un nuevo nombre.

—Hace un par de semanas, quería contarles que habíamos terminado, pero mi padre llegó a mi apartamento con malas noticias.

—Vaya por Dios. ¿Se le ha averiado el superyate? —Me puse una mano sobre el pecho fingiendo preocupación. Ronan Black, el propietario de Black & Co., los grandes almacenes más concurridos de Manhattan, llevaba una vida de ensueño repleta de vacaciones, aviones privados y reuniones familiares por todo lo alto. Aun así, hablar mal de alguien que me había acogido en su casa me dejó un sabor de boca amargo.

—Tiene cáncer de próstata en estadio IV. Se le ha extendido a los huesos, los riñones y la sangre. No le habían hecho pruebas. Mi madre llevaba años rogándole que se las hiciera, pero supongo que no quería pasar por eso. No es necesario decir que es incurable. Le quedan tres meses de vida. —Se detuvo—. Como mucho.

Dio la noticia con rotundidad y una expresión hierática. Seguía observando a Daisy, que ahora estaba tumbada boca arriba en el sofá, con las patas abiertas a modo de ruego para que le rascasen la panza. Él se inclinó y le acarició la barriga distraído mientras esperaba a que asimilase la noticia. Sus palabras penetraron en mí como un veneno y se extendieron poco a poco de forma letal. Me había golpeado en lo más profundo, en esa bola de angustia que tenía en el vientre. La bola de mi madre. Sabía que Chase y su padre gozaban de una buena relación. También sabía que Chase era un hombre orgulloso y que nunca se vendría abajo, y menos delante de alguien que lo odiaba. Me fallaron las rodillas y el aire se me bloqueó en la garganta, negándose a llegar hasta los pulmones.

Resistí el impulso de cruzar el espacio que nos separaba y abrazarlo. Pensaría que lo estaba haciendo por lástima, y no lo compadecía. Estaba destrozada por él, sabía lo que era perder a un familiar; mi madre murió de cáncer de mama cuando yo tenía dieciséis años, después de batallar mucho contra la enfermedad. Sabía por experiencia que nunca era buen momento para despedir a un padre. Ver a un ser querido perdiendo esa guerra contra su propio cuerpo dolía tanto como arrancarte la piel a tiras.

—Lo siento mucho, Chase. —Al fin, las palabras salieron de mi boca de forma torpe y ligera. Me acordé de lo mucho que mi padre había odiado que le dijeran eso. «¿Y qué si lo sienten? Eso no hará que Iris se sienta mejor». Pensé en las cartas de mi madre. Normalmente, empezaba el día con una de sus cartas y una buena taza de café, pero esta mañana había leído dos. Había tenido el presentimiento de que iba a ser una jornada desafiante. No me equivocaba.

«Espero que todavía seas compasiva y bondadosa».

Me pregunté qué pensaría de mi apodo. Maddie la Mártir. Siempre dispuesta a salvar el día.

Chase arrastró la mirada desde Daisy hacia mí. Tenía una expresión terriblemente vacía.

—Gracias.

—Si hay algo que pueda hacer...

—La verdad es que sí. —Se enderezó enseguida y se sacudió el pelo de Daisy.

Incliné la cabeza a modo de pregunta.

—Mi familia se sumió en una crisis tras la noticia de la enfermedad de mi padre. A partir de ahí, Katie dejó de ir a trabajar, mi madre no se levantaba de la cama y mi padre iba y venía tratando de consolar a todo el mundo en vez de centrarse en sí mismo. Fue, a falta de mejores palabras, un espectáculo de mierda. Y el *show* continúa.

Sabía que Lori Black había luchado contra la depresión antes, no por Chase, sino por una entrevista que había concedido a *Vogue* hacía unos cuantos años. En ella, había hablado con franqueza sobre sus etapas más oscuras cuando promocionaba a la organización sin ánimo de lucro en la que trabajaba como voluntaria. Katie, la hermana de Chase, era la directora de *marketing* de Black & Co., y adicta a las compras. Aunque eso era menos entrañable y peculiar de lo que sonaba. Katie sufría fuertes ataques de ansiedad. Sus episodios consistían en comprar todo lo que pillase, con muchísimo descontrol, para olvidar el motivo de su ansiedad. Ese gasto instintivo la ayudaba a respirar un poco mejor, pero después se odiaba. Era como darse atracones de comida, solo que con ropa de firma. De hecho, así es como la diagnosticaron. Hace seis años, tuvo un brote cuando su novio la dejó: se gastó 250 000 dólares en menos de cuarenta y ocho horas, fundió tres tarjetas de crédito y Chase la encontró en su vestidor enterrada debajo de una montaña de cajas de zapatos y ropa, llorando sobre una botella de cava.

Supongo que Chase me leyó la mente, porque me miró con intensidad y dijo:

—Con el historial de mi madre, no era descabellado pensar que iba directa hacia una señora depresión. Cuando fui a ver a Katie, tenía la puerta bloqueada con paquetes de Amazon. Necesitaba un chivo expiatorio.

—Chase —dije con un gruñido. Me sentía como un pobre animal justo antes de que lo arrojaran al fuego. Su rostro era indescifrable y había medido a propósito el tono de voz.

—Tuve que pensar algo rápido, así que les anuncié mi propia noticia.

Agarró la lata que había entre nosotros y dio otro sorbo con los ojos puestos en mí. Silencio. El corazón me daba vueltas como si fuera un hámster en una rueda. Me hormigueaban las yemas de los dedos. El pánico me cerraba la garganta.

—Les dije que nos habíamos comprometido.

No respondí.

Al menos, no al principio.

Agarré la lata de Coca-Cola *Light* y la tiré contra la pared. Luego, me quedé observando la pintura vanguardista de color marrón efervescente que se había creado a partir de la salpicadura. ¿Quién haría algo así? Le había dicho a su familia que estaba comprometido con su exnovia. Y ahora estaba aquí, sin un ápice de arrepentimiento, siendo el mismo idiota de siempre y contándome todo esto sin pensarlo.

—Hijo de...

—La cosa se pone peor. —Levantó una mano y dirigió la mirada al asiento de la ventana, ocupado por macetas con flores de varios colores y la cama de Daisy—. Al final resultó que el anuncio de compromiso era justo lo que había recetado el médico. La familia es algo sagrado para los Black. Mi madre ha encontrado un motivo por el que emocionarse y ha dejado de pensar en la gran C de papá. Y resulta que tú y yo tenemos una fiesta de compromiso en los Hamptons este fin de semana.